

Flaubert: una visión de la ciencia en la literatura

PEDRO SUÁREZ

IES AGUSTÍN DE BETANCOURT

Introducción. El Gustavo Flaubert de *Bouvard y Pécuchet*

Los novelistas franceses del XIX manifestaron un vivo interés por la ciencia y por los investigadores. Tal fue el caso de Flaubert a lo largo de toda su carrera literaria. En sus textos la narración de la búsqueda del saber, de la búsqueda de la interpretación de la realidad es una preocupación constante, desde *La Tentación de San Antonio*, pasando por *Madame Bovary* con el personaje de Homais y, sobre todo, en *Bouvard y Pécuchet*. Este último texto nos servirá de referencia para intentar captar la visión de la ciencia de Gustavo Flaubert.

El proyecto de *Bouvard y Pécuchet*, el último e incompleto texto escrito por Flaubert, lo acompaña a lo largo de toda su vida literaria. Proponemos recorrer su biografía para encontrar las circunstancias esclarecedoras de esta novela. Intentaremos seguir la huella al proyecto, desde su concepción hasta su redacción. Podemos destacar los hechos siguientes:

- Flaubert vive su infancia y su primera juventud en un marco dentro del cual la ciencia (la medicina) está valorada positivamente.
- El trabajo intelectual necesita un cómplice. Bouvard no puede prescindir de Pécuchet. La idea del pupitre doble, mueble en el que terminarían su vida Bouvard y Pécuchet de haberse escrito la segunda parte de la novela, está presente desde el principio.
- Las ideas de progreso y los temas relacionados con la ciencia le interesan desde los comienzos de su vida de escritor.
- Las influencias literarias que Flaubert reconoce y cuyas huellas están presentes en *Bouvard y Pécuchet*, son las carcajadas y la desmesura de Gargantúa y Pantagruel y la pareja de Sancho y Don Quijote.
- El proyecto de esta novela aparece desde la redacción de la *Lección de historia natural, género escribiente*, en 1837 y estará presente a lo largo de toda la vida literaria de Flaubert, ya sea como proyecto de novela, o de *Diccionario de tópicos* o de «Sottisier».
- Según opinión de Guy de Maupassant el episodio cerebral que ocasiona la muerte del autor se debe al arduo y temido trabajo de redacción de *Bouvard y Pécuchet*.

I - Las circunstancias del tiempo del relato

La redacción de *Bouvard y Pécuchet* ocupó a Flaubert durante los seis últimos años de su vida, a partir de 1874. Sin embargo, el tiempo del relato abarca unos veinte años a partir del 1838. Se establece así una distancia de 36 años entre el tiempo del comienzo de la redacción y el tiempo del relato. Precisaremos brevemente cuáles son las circunstancias históricas, literarias y científicas contemporáneas de los años durante los cuales se desarrolla el relato de *Bouvard y Pécuchet*.

El período histórico del tiempo del relato corresponde a los últimos años del reinado de Louis-Philippe, a los cuatro años, de 1848 a 1852, de la Segunda República y al Segundo Imperio que va de 1852 a 1870. En lo literario corresponde al período del Romanticismo (1804-48) y al Realismo (1848-70).

En cuanto a las circunstancias científicas, algunas de las cuales veremos aflorar en *Bouvard y Pécuchet*, señalaremos las siguientes:

- Publicación de enciclopedias de divulgación científica y de las actas de la Academia de Ciencias.
- La ciencia se enseña principalmente en la Escuela Politécnica, la Sorbona, el Museum de Historia Natural y el Colegio de Francia.
- En matemáticas destacan Cauchy y Poncelet. Ampère es matemático y físico, como Fourier. Otros físicos en diversas ramas son Fresnel (óptica), Sadi Carnot (electrodinámica).
- En química cabe destacar a Gay-Lussac, Ampère y Avogadro, Thenard y Chevreul.
- En astronomía, física y matemáticas, Pierre Simon Laplace.
- En Historia natural, desde el Museum, brillan tres maestros: Lamarck, Geoffroy Saint-Hilaire y Cuvier.
- El arte de sanar progresa poco en esta primera mitad de siglo 19. Sigue habiendo mucho dogmatismo y charlatanería.

II - *Bouvard y Pécuchet*

Vislumbrada desde sus dieciséis años, desde la época de la redacción de *La Lección de anatomía, género escribiente*, planificada desde 1863 bajo el título de *Las Dos Cochinillas*, comenzada en 1874, abandonada el año siguiente y retomada en 1877, la última novela de Gustavo Flaubert que lo había acompañado a lo largo de su carrera literaria, habría de quedar, finalmente, inacabada. Esta novela hubiera incluido, en su versión acabada, en su segunda parte, un gran número de citas, probablemente las del *Diccionario de tópicos* y las del *Sottisier*. Este conjunto novelesco acabado hubiera sido a la vez una novela y una enciclopedia en clave de burla de los conocimientos de la época. Se trata de la historia de unos 20 años de la vida en común de dos personajes grotescos y patéticos. La primera parte, casi acabada, comprende 10 capítulos, el décimo sin concluir. Presentaremos un breve resumen de su contenido.

A - Una novela inacabada. «Una historia engañosamente simple» (Borges)

Primera parte.

1. En el primer capítulo la fortuna les sonríe a dos parisinos, empleados copistas, que anhelan irse a vivir al campo y dedicarse al estudio.
2. En el capítulo segundo asistimos a ensayos, todos ellos malogrados, de agronomía, ganadería, horticultura, arboricultura, conservería y destilación. Todo esto va acompañado de pérdidas económicas importantes.
3. En el capítulo tercero vemos a los dos papanatas (1) interesados por la química, la anatomía, la fisiología, el arte de sanar, la higiene, la historia natural y por la geología.
4. En el capítulo cuarto ambos se interesan por la arqueología, la historia de Francia y la mnemotécnica.
5. En el capítulo quinto nos los encontramos ocupados con literatura. Primero, las novelas históricas. A continuación George Sand. Siguen las novelas de amor, las novelas humorísticas, las de aventura y Balzac. Luego le toca el turno a la tragedia, a la

comedia y a la comedia seria. Entonces se les ocurre meterse a dramaturgos pero, previamente, hay que estudiar gramática. El propósito siguiente será escribir una novela y por fin el estudio de la estética.

6. En el capítulo sexto los dos papanatas se olvidan de sus preocupaciones enciclopédicas, durante unos días, para vivir el momento político: ceremonia de la proclamación de la República. Hay reflexiones sobre política, los sistemas sociales y la economía política.

7. Podríamos darle por título al capítulo séptimo el de una novela de Balzac: *Illusions perdues*. Hay un alejamiento de las preocupaciones enciclopédicas y del ensimismamiento. Pécuchet seduce a Mélie. Bouvard seduce a la viuda Bordin. En realidad, la viuda ha intentado sacarle a Bouvard una parte de su propiedad, les Écalles, como dote y la Mélie le ha pegado al pobre Pécuchet una venérea. Desastre amoroso.

8. En el capítulo octavo, después de interesarse por la gimnasia, se adentran de nuevo en el mundo de la charlatanería ocultista: magnetismo, espiritismo, magia. Luego exploran el dominio de la filosofía moderna y la psicología. Se interrogan sobre las relaciones entre el espíritu y la materia. Realizan experiencias con la varilla adivinatoria. Regresan a la lógica y a la filosofía y a las desgracias a que ésta lleva. Reflexionan sobre la muerte.

9. En el capítulo noveno nos encontramos a los dos papanatas metidos en lecturas piadosas, en prácticas religiosas para llegar a la fe. Se interesan por los objetos religiosos. Luego se dedican a examinar la doctrina del cristianismo siguiendo su método habitual. Llegan al relato los personajes Víctor y Victoria.

10. En el capítulo décimo, incompleto, se ocupan de la educación de Víctor y Victoria. Descubren la frenología. Prueban varios métodos pedagógicos para intentar educar a los dos niños pero fracasan estrepitosamente. Se las ven con la justicia. Conciben su último proyecto.

Personajes principales de la novela

1. Bouvard y Pécuchet.
2. Dumouchel y Barberou, amigos respectivamente de Pécuchet y de Bouvard.
3. La viuda Bordin, que vive de sus rentas.
4. El conde de Faverges, el noble del lugar.
5. El alcalde, Foureau.
6. El médico, doctor Vaucorbeil.
7. El cura Jeufroy.
8. El notario Marescot.
9. El aparcerero de Bouvard, maestro Gouy.
10. Gorju, carpintero, cazador furtivo y revolucionario.
11. Germaine, criada de Bouvard y Pécuchet.
12. Mélie, criada.
13. Víctor y Victoria, hijos del presidiario Touache, alumnos de Bouvard y Pécuchet.
14. La señora de Noares, filantrópica y beata.

B – Plan para una segunda parte que no llegó a redactarse

La segunda parte para la que Flaubert necesitaba, según él, unos seis meses más de trabajo y que comprendería sobre todo citas extraídas del *Diccionario de tópicos* y del *Sottisier* debía organizarse de la manera siguiente:

- La conferencia; los discursos de Bouvard y de Pécuchet; las reacciones de los asistentes; la intervención del alcalde. Se levanta la sesión en medio del mayor de los tumultos.

- Los dos papanatas regresan a casa y se acuestan agotados. Todos tienen algo en contra de ellos: el cura, el médico, el alcalde, el notario, el pueblo, todos. El día siguiente, en el desayuno, vuelven a hablar de la conferencia.
- Exposición, hecha en su propia casa: Pécuchet ve el porvenir de la humanidad en negro. El hombre moderno se encuentra disminuido y transformado en máquina. Anarquía final del género humano. Barbarie debido al exceso de individualismo y al delirio de la ciencia. Bouvard, por el contrario, ve el porvenir de la humanidad en positivo. El hombre moderno progresa. Imagina inventos futuros, mongolfieras (1783), barcos, submarinos acristalados, fieras domesticadas. Porvenir de la literatura. Ciencias futuras. Regular la fuerza magnética. Eliminación del mal por la eliminación de la necesidad. La filosofía será una religión. Se llegará a los astros.
- Una vez terminada esta exposición entran los gendarmes. Exhiben una orden de detención contra Bouvard y Pécuchet como consecuencia de la conferencia. Se les acusa de haber atentado contra la religión, contra el orden establecido, de haber incitado a la rebelión, etc. Llega también el alcalde con Gorju. Éste, al suponer a Bouvard más rico que Pécuchet, lo acusa de haber mantenido relaciones con Mélie y exige una pensión para el hijo que va a tener.
- El público invade poco a poco la casa. Llega Barberou y todos los notables del lugar. Foureau quiere llevarse presos a Bouvard y a Pécuchet. Algunos notables se interponen. Bouvard le pasará una pensión a Mélie. El alcalde les quita a los chicos, Víctor y Victoria. Todo les ha estallado en las manos. Ya no sienten interés ninguno por las cosas de la vida.
- Entonces se les presenta una idea, secretamente concebida y alimentada por cada uno de ellos. Se la ocultan mutuamente pero cuando se les presenta sonrían. Por fin se la comunican simultáneamente: Copiar como antiguamente. Construcción del escritorio con doble pupitre. Para ello se dirigen a un carpintero. Gorju que ha oído hablar de este proyecto les propone sus servicios para realizarlo. Por fin, compra de libros y utensilios. Manos a la obra.

C – Una novela a dos velocidades: cronología interna y el tiempo del saber

1. Cronología interna.

Los dos papanatas se encuentran un domingo por la tarde, en verano. La primera circunstancia que se conoce, más que de cronología es de temperatura, 33°. Para fijar el año de este encuentro (1838) habrá que esperar hasta la carta del notario con fecha de 14 de enero de 1839. Su primer encuentro se remonta al verano anterior. Sabemos que tenían ambos 47 años. Habían nacido en 1791. En julio del 1839 es cuando Bouvard recibe su herencia. Chavignolles se pagará en 1840 pero la mudanza se efectuará sólo cuando Pécuchet puede acogerse a la jubilación, al cumplir los 50 años, esto es en 1841. El domingo 20 de marzo de 1841 salen de París con rumbo a Chavignolles. La cronología dentro del capítulo segundo viene dada por la alternancia de estaciones y por las cosechas.

Cuando estudian fisiología tienen 52 años, por consiguiente estamos en 1843. En el capítulo IV encontramos la indicación «Era durante el verano de 1845, en el huerto»... Lo que significa que toda la búsqueda del saber del capítulo tercero los ha tenido ocupados durante aproximadamente dos años. Ahora tienen 55 años. El capítulo sexto comienza por una referencia cronológica «La mañana del 25 de febrero de 1848...» Ya hace casi 10 años que se han encontrado. El 3 de diciembre de 1851, en plena reflexión sobre economía política, leen el llamamiento al pueblo, la noticia de la

disolución de la Cámara y la de la detención de los Diputados. Tienen entonces 61 años y llevan juntos 14.

Los ¡vivas! al Emperador del final del capítulo sexto indican que estamos a comienzos del 1853. Será en el capítulo siguiente cuando Pécuchet pierde su virginidad con Mélie, contando entonces unos 62 años. Al cabo de 20 años de vida en el campo, Bouvard se tropieza con Barberou en el santuario de la Délivrande. Como Bouvard y Barberou cenaron juntos la noche antes de partir para Chavignolles, en 1841, nos encontramos ahora en 1861 y los dos papanatas tienen ya 70 años. La venta de la finca tienen lugar el mismo año, en el capítulo noveno. En el último capítulo se precisa que tres años han transcurrido desde la venta de la granja. Por consiguiente, estamos en 1864 y nuestros personajes tienen 73 años.

La aventura de Bouvard y Pécuchet, su vida en común, ha durado, hasta el final de la primera parte, unos 26 años. Más de un cuarto de siglo han pasado juntos sin que podamos leer, en ningún momento, la menor señal de envejecimiento. Nadie en la novela envejece, muere o sale del marco del relato. Están, casi, como en su primer día. Sin embargo, no es en la cronología interna donde se da la trituración más notoria del tiempo narrativo.

2. Cronología del saber.

La búsqueda crítica del saber se organiza a partir de la agricultura, que ocupa el capítulo segundo y abarca sucesivamente otras entradas de la enciclopedia: la química, la anatomía, la fisiología, el arte de sanar, la higiene, la historia natural, la geología, la arqueología, la historia de Francia, la literatura, la estética, la economía política, la hidroterapia, la gimnasia, el espiritismo, la magia, la varilla adivinatoria, la filosofía, la lógica, la religión, el arte de educar, la mnemotécnica, la frenología, la justicia e incluso los trabajos públicos. Se observa que algunas de estas entradas no tienen nada que ver con las ciencias. Poder narrar el recorrido por estos dominios del saber, verdadero o falso, ha obligado a Flaubert a leer, según propia confesión, unos 1500 libros a lo largo de buena parte de su vida. Los dos héroes de su última novela no pretenden sólo alcanzar un saber teórico; buscan un saber práctico que se adquiere mediante la experimentación. La exposición del saber en la novela le confiere una dimensión universal que no tiene que ver con la lógica del tiempo narrativo. Tiene más vínculos con el espacio por el que Bouvard y Pécuchet se mueven que con el tiempo durante el cual se ha ido acumulando el saber narrado.

Esta destrucción del tiempo en el relato del saber viene a demostrar que la preocupación de Flaubert no es exponer el estado actual de los conocimientos, ni criticar el estado actual de la ciencia. Su propósito confesado es el de permitirle la realización de un deseo antiguo y permanente, el de poner como un trapo a la humanidad denunciando su estulticia.

D – Dos textos complementarios: el *Diccionario de tópicos* y el *Sottisie*.

1. El *Diccionario de tópicos*.

En 1852, en una carta a Louise Colet, Flaubert desvela su proyecto de escribir una larga novela, en un marco amplio, para calmar sus pruritos de poner como un trapo a los humanos. Es éste un proyecto que piensa comenzar diez años más tarde. Sabemos que escribirá la primera línea de *Bouvard y Pécuchet* en 1874, 22 años más tarde. Mientras tanto se ocupa en una vieja idea: su *Diccionario de tópicos*. Será una apología de la bajeza humana en todas sus facetas, apología irónica y mordaz desde la a hasta la z, llena de citas, de pruebas (que probarían lo contrario). Allí se encontrará, por orden

alfabético, sobre todos los temas posibles, todo cuanto hay que decir para quedar bien en sociedad, para ser considerado alguien correcto y amable. Proponemos la lectura del *Diccionario de tópicos* desde la perspectiva que nos ocupa en este trabajo, buscando tópicos en relación con los dominios del saber científico recorrido por los dos papanatas. De entre ellos, que figuran en la documentación adjunta, elegimos, a modo de ejemplo, las palabras siguientes con sus respectivos tópicos:

- **SCIENCE** : Un peu de science écarte de la religion et beaucoup y ramène. (Ciencia: poca ciencia aparta de la religión y mucha lleva a ella).
- **SAVANTS** : Les blaguer. Pour être savant, il ne faut que de la mémoire et du travail. (Sabios: burlarse de ellos. Para ser sabio no hace falta más que memoria y trabajo).
- **MALADE** : Pour remonter le moral d'un malade, rire de son affection et nier ses souffrances. (Enfermo: para levantarle la moral a un enfermo, reírse de su afección y negar sus sufrimientos).
- **MATHEMATIQUES**: Dessèchent le coeur. (Matemáticas: secan el corazón).
- **IMBECILES** : Ceux qui ne pensent pas comme vous. (Imbéciles: los que no piensan como usted).
- **LITRE** : Ricaner quand on entend son nom: « Ce monsieur qui dit que nous descendons des singes » (Littré: Reírse con desprecio al oír su nombre. « Ese señor que dice que descendemos de los monos »).
- **MEDECINE** : S'en moquer quand on se porte bien. (Medicina: burlarse de ella cuando se está bien).
- **METHODE** : Ne sert à rien. (Método: no sirve para nada).
- **VACCINE** : Ne fréquenter que des personnes vaccinées. (Vacuna: no frecuentar más que a personas vacunadas).
- **INVENTEURS** : Meurent tous à l'hôpital. Un autre profite de leur découverte, ce n'est pas juste. (Inventores: mueren todos en el asilo. Otros se aprovechan de sus descubrimientos, no es justo).

2. Le *Sottisier*

Nos ayudará la lectura de Guy de Maupassant para comprender lo que representa el *Sottisier*. El sorprendente edificio de la ciencia, construido para demostrar la impotencia humana que es *Bouvard y Pécuchet*, debía de tener una coronación, una conclusión, una brillante justificación. Después de esta formidable requisitoria el autor quería amontonar una fulminante provisión de pruebas, una colección de perlas cosechadas en los escritos de los prohombres. Cuando Bouvard y Pécuchet, asqueados de todo, se pongan nuevamente a copiar en la segunda parte no redactada de la novela, abrirán los libros ya leídos, y retomando el orden natural de sus estudios transcribirán con minuciosidad los textos seleccionados. Entonces vendrán una serie de imbecilidades, de flagrantes y monstruosas contradicciones, enormes errores, vergonzosas afirmaciones, inconcebibles fallos de las más claras mentes, de las más vivas inteligencias. Flaubert había encontrado y cosechado la perla, y sumándola a otra y a otra y a otra había formado con ellas un haz formidable capaz de desconcertar cualquier creencia o afirmación. Estas sandeces se encuentran agrupadas bajo varias rúbricas: anécdotas, lo humilde, bellezas, bellas ideas, contradicciones, literatura, estilo médico. Daremos un ejemplo tomado en cada rúbrica. Esta clasificación parece bastante superficial. Lo interesante es saber lo que Flaubert considera ser una estupidez, aun cuando venga en los escritos de algún ilustre.

1. **Anécdotas:**

La tisis es tan contagiosa que un marido, después de haber besado a su mujer que se moría de esta enfermedad, perdió todo el pelo de la barbilla sobre el cual la enferma había posado sus labios aunque la barba seguía creciendo con normalidad alrededor de la parte besada.

2. **Lo humilde:**

El prejuicio popular acabará por vencer la incredulidad científica y la observación de las buenas mujeres valdrá más que las teorías de los sabios. Cuando se trata de observaciones simples, la ciencia, demasiado petulante por naturaleza, siempre va detrás del buen sentido público.

3. **Bellezas:**

Los enfermos suelen responder tan tontamente que, para diagnosticar muchas enfermedades, la exploración muda es preferible a los datos proporcionados por el interrogatorio de los enfermos.

4. **Bellas ideas:**

Con su sensatez acostumbrada, la naturaleza no ha puesto en el cuerpo humano tejido adiposo más que allí donde la grasa era útil y, al contrario, falta en las partes en que habría sido nociva.

5. **Contradicciones:**

Duración de la destrucción completa de los cadáveres:

- Según Gosselin, de 30 a 40 años
- Según Franck, de 24 a 25 años
- Según Walter, 7 años
- Según Pylor, 4 años
- Según Moret, 3 años
- Según Orfila, de 15 a 18 meses

6. **Literatura:**

Si el hijo, dice el señor Legouvé, representa la esperanza bajo el techo paterno, la hija tiene por misión representar en él la pureza y la gracia.

7. **Estilo médico:**

La mujer, esa flor de la naturaleza viva, ese tronco esencial del género humano, tiene una misión importante que cumplir en la tierra. Está destinada a ser la compañera del hombre.

E - Dos personajes grotescos

Es cierto que Flaubert no era un científico. Mucho le hubiera gustado serlo, como su padre o su hermano mayor, Achille. Pero tampoco es ningún novelista ignorante de los principales trabajos de los investigadores de la época. Flaubert es un literato. Tiene, sin duda, carencias en los dominios científicos, pero tiene sólidos conocimientos de literatura francesa.

Por otro lado, hemos precisado que dos de las influencias reconocidas por el propio escritor, en materia literaria, son Cervantes y Rabelais, *Don Quijote* y *Gargantua y Pantagruel*. El primero le presenta el caso de dos personajes errantes y patéticos. El segundo le propone el desbordamiento de los sentidos y de los apetitos, incluido el apetito del saber. Los cuatro provocan en el lector, entre otras muchas cosas, la carcajada.

A estas influencias literarias hay que añadir la tendencia de Flaubert a crear situaciones grotescas que provocan la risa. Esto se puede observar desde sus primeros escritos. Se trata de una risa gruesa, la risa del «Garçon», hecha de crueldad y de

chocarrería, provocada siempre por la contemplación de la estulticia humana. Para mostrar en qué consiste esta tendencia tomaremos un ejemplo relacionado no con la ciencia sino con la literatura. Así no se caerá en el error de limitar al dominio de la ciencia exclusivamente la risa que provoca la actitud de los dos aprendices de sabios.

Se trata de un extracto del capítulo quinto. Bouvard intenta hacerle comprender a Pécuchet el juego escénico de Frédéric Lemaître (1800-1876, actor célebre por su interpretación de los melodramas). En ese momento llega la viuda Bordin. Insiste para que sigan con su representación teatral. Pécuchet declara no poder continuar representando sin estar disfrazado. Pero Bouvard insiste para continuar adelante. Piensan primero en la *Torre de Nesle* de Alexandre Dumas, obra de 1832 que escenifica un episodio de 1314, pero abandonan la idea y deciden representar una obra clásica que le gustará más a la viuda Bordin. Se deciden por *Phèdre*, obra maestra de las tragedias de Racine. Todos los elementos de esta representación contribuyen a crear una situación grotesca con la intención de provocar la risa del Garçon:

- El resumen de la historia que proporciona Bouvard: Se trata de una reina cuyo esposo tiene, de una esposa anterior, un hijo. Se ha vuelto loca por el joven. Después llega Teseo y ella se envenena. He aquí liquidado en dos líneas el argumento del drama más significativo del teatro de Racine que escenifica la lucha entre las pasiones, las dudas, los tormentos y la razón de Fedra.
- Los actores: El físico de los dos papanatas no es el idóneo para la escena: son dos hombres maduros, el primero, bastante grueso, se desplaza con dificultad y tiene la voz temblorosa; el segundo jadea para indicar la emoción. Bouvard, además, lleva un gorro por todo disfraz.
- La escena: como el pasillo era demasiado estrecho bajan al salón. Un montón de arañas corren por las paredes. Los suelos están repletos de especímenes geológicos que habían blanqueado con su polvo el terciopelo de los sillones. En el menos sucio extendieron un trapo para que la viuda Bordin pudiera sentarse.
- La puesta en escena: Bouvard, dirigiéndose al perfil de Pécuchet, admiraba su porte, su semblante, esa cabeza encantadora. La punta del gorro rojo se inclinaba amorosamente.
- El arranque escénico por invitación de Bouvard en tono desenvuelto:
«¿Estamos? ¡Venga, ya!»
- Bouvard, haciendo de Fedra, se lanza en una primera tirada de versos:
«Sí, Príncipe, suspiro, ardo en deseos por Teseo.
Lo adoro.»
- Bouvard, sigue haciendo de Fedra, ataca con la segunda tirada de versos. Su interpretación expresa el delirio de los sentidos, el remordimiento, la desesperación. Se precipita sobre la espada imaginaria de Pécuchet con tanta vehemencia que, al tropezar con los cayados, a punto está de dar con su cuerpo en el suelo.
- El público: la viuda Bordin, que se deleita mucho más con las novelas del ramplón Pigault-Lebrun que con las tragedias clásicas, está acompañada por Gorju y Mélie.

Al hacer esto, no arremete Flaubert contra el drama de Racine ni tampoco contra la profundidad dramática del conflicto entre el corazón y la razón de Fedra. Los hechos, gestos y palabras de los dos papanatas son portadores del mensaje de Flaubert: componen una puesta en escena grotesca de la estulticia de los pretenciosos. A su lado, la viuda Bordin parece simplemente idiota, sin pretensiones de ninguna clase y sin provocarle, por consiguiente, ninguna risa al «Garçon». No son grotescos únicamente cuando pretenden descubrir o criticar el mundo de la ciencia. Se llega a esta conclusión

si se lee la novela de manera incompleta, sin pasar más allá del capítulo tercero. La lectura de toda la novela deja claro que la risa provocada por las situaciones grotescas acompaña todos los episodios de la aventura de *Bouvard y Pécuchet*. Es decir que Bouvard y Pécuchet provocan el mismo efecto (grotesco) cuando interpretan el texto de Racine que cuando fabrican abono, leen tratados de química, se dedican a investigaciones geológicas, curan enfermos o se interesan por cualquiera de las ramas del conocimiento. Por supuesto esto no significa que sea grotesca la agricultura, ni la química, ni la geología, ni la medicina, ni cualquier otro dominio del conocimiento, de la misma manera que no es grotesca, evidentemente, para Flaubert la literatura en general y Racine en particular.

III - El método, ineficaz, para auparse al conocimiento

Después de haber presentado a sus dos personajes principales, con sus circunstancias sociales y personales, Flaubert los coloca en una finca de la campiña normanda, en Chavignolles, donde van a dedicarse al cultivo de sus tierras. ¿Cómo abordarán la agricultura, dominio éste totalmente nuevo para ellos, dos parisinos que le han dedicado casi toda su vida a trabajar de copistas? ¿Qué es la agricultura? Es la actividad que tiene como objeto, principalmente, el cultivo de las tierras con la finalidad de producir vegetales útiles para el hombre y para la cría de los animales. Es también, accesoriamente, la cría del ganado. El término no se define como una ciencia. Esa actividad nos será útil para reflexionar sobre el método: ¿Cómo van a arreglárselas ambos para dominar la agricultura?

1. La teoría

En el entusiasmo de los primeros momentos han llevado a cabo pequeños trabajos en su huerto, no sin éxito. Puesto que les salió bien la experiencia hortícola no hay motivo para que no les salga bien una experiencia agrícola. Albergan la ambición de cultivar las tierras de su finca. ¿Cómo lograrlo? Con sentido común y con estudio. Antes que nada, hay que fijarse en cómo lo hacen los demás. Pueden observar en la finca del conde de Faverges el sistema relativo a los forrajes. Dado la elevada cantidad de sus bestias, el conde se dedica a las praderas artificiales: alfalfa y «turneps» (variedad de nabo forrajero o colinabo). El trabajo en las praderas sigue un ritmo de cuatro años. El conde se limita a aplicar la doctrina agrícola del momento a propósito de los ciclos: praderas artificiales – incremento del ganado – incremento del abono de granja que producen las bestias – mejora de la calidad de los suelos – cosechas más abundantes.

Visitan el resto de las instalaciones de la finca del conde. Todo cuanto ven les encanta. Toman su decisión: aquella misma tarde sacan de su biblioteca los cuatro volúmenes de la *Maison Rustique*, se hacen enviar el curso de agronomía de Gasparin y se abonan a un periódico de agricultura. Lamentan en particular el sistema de barbecho del maestro Gouy. Se prescindirá de sus servicios. Una vez libres de Gouy, invierten 20.000 francos en la explotación agrícola para proceder a las reformas necesarias.

Cabe subrayar que la narración del saber en el dominio de la agricultura, como en los demás abordados por los dos papanatas, exige un vocabulario propio. Flaubert ha leído textos relativos a las áreas del saber abordadas, de donde ha extraído este vocabulario que en su vida normal no tiene ocasión de usar. Por otro lado, este léxico

específico le permite introducir un metalenguaje que cobra matices poéticos, si no mágicos o encantadores.

2. La práctica

Su finca consta de 15 hectáreas de huertas y praderas, 23 de tierras de labranza, y 5 de tierras de baldío. Compran los útiles de labranza, los animales indispensables y contratan personal. Venden el forraje y hacen sidra. Para producir más trigo eliminan la mitad de las praderas artificiales con lo cual cometen un error de importancia al alejarse de las enseñanzas del conde de Faverges, que probablemente no entendieran, relativas al ciclo del cultivo de los campos. Deben utilizar, a modo de abono, residuos sólidos de granas o de frutos oleaginosos de los que se ha extraído el aceite, prensados en forma de tortas. Esto tiene como consecuencia un rendimiento penoso de los cultivos.

Al año siguiente siembran demasiado tupido lo que constituye un nuevo error pues las tempestades tumban las espigas. Veterinarios improvisados, se ocupan de los animales y de sus enfermedades. Debido a sus problemas con el personal de la granja deciden dividirse el trabajo: Pécuchet va a ocuparse del huerto y Bouvard de la granja y de los campos. La descripción de lo que hace Pécuchet en el huerto proporciona otra ocasión para introducir en el relato un vocabulario muy especializado. Un simple «pero» basta para pasar de la minuciosa descripción a la constatación del más flagrante de los fracasos. Por su lado, Bouvard también topa con dificultades insuperables. Ha comprado nuevos útiles de labranza, muy modernos, pero no logra dominar su manejo.

La cabeza de Bouvard hierve de ideas industriales. Emprende el cultivo de adormidera para producir opio, de tragacanto para venderlo como «el café de las familias». Sangra a los bueyes para acelerar su engorde y así mata a tres. No hace matanzas y los cerdos crecen más de la cuenta. Para destruir las larvas mete gallinas en una jaula con ruedas que arrastra un caballo y se les parten las patas. Todos estos disparatados intentos conducen a un fracaso completo.

3. Las contradicciones de los especialistas

Ellos no comprenden por qué fracasan. Se inicia entonces la fase de las dudas, de la crítica de los especialistas. La marga (roca más o menos dura, de color gris, compuesta principalmente de carbonato de cal y arcilla en proporciones casi iguales y que se emplea como abono de los terrenos en que escasea la cal o la arcilla), por ejemplo, Puvis la recomienda, mientras que Roret la desaconseja. Otro ejemplo es el yeso, aconsejado por Franklin y desaconsejado por Réfiel y Rigaud. La práctica de los baldíos, que Bouvard considera un prejuicio gótico, Leclerc la considera indispensable, Gasparin la considera inútil. No hay unanimidad entre expertos a propósito del uso de los abonos. Todas estas contradicciones explican sus fracasos.

4. La escenificación de lo grotesco

Hay que buscar en otro lado las causas del fracaso. Las precipitaciones, el defecto de método, la lectura precipitada y mal asimilada de libros de divulgación, como la enciclopedia Roret que tanto cita Flaubert a lo largo de la novela, la incapacidad para entender las reglas de las actividades agrícolas llevan a los dos papanatas al fracaso. A veces, los fracasos se exageran voluntariamente con la finalidad de divertir al lector, de presentarlos de modo grotesco y asegurarse la carcajada del «Garçon». Episodios así son el cultivo del melón, el delirio del estiércol, la elaboración de una cerveza, el incendio de las hacinas, la putrefacción de las conservas y la explosión del alambique, disparates dignos de figurar en la antología de la estulticia.

5. Generalización del método

En este capítulo se encuentran otras investigaciones en asuntos relacionados con el campo: floricultura, observaciones meteorológicas, arboricultura, conservas vegetales y animales, destilación, elaboración de la cerveza, arquitectura de los jardines. El método que se intenta seguir pero que conduce al fracaso suele ser siempre el mismo:

- Búsqueda de información o de formación.
- Comprensión insuficiente de las fuentes consultadas.
- Puesta en práctica errónea seguida siempre de fracaso.
- Justificación del fracaso, atribuido a las contradicciones entre especialistas.
- Escenificación de lo grotesco.

Tendremos la ocasión de observar que este mismo método se va a aplicar, más o menos en su totalidad, a todos los temas, científicos o no, del saber, humano y divino.

6. ¿Cómo se pasa de un dominio del saber al siguiente?

Después de haber estado a punto de perecer como consecuencia de su práctica temeraria, después de constatar que no comprenden las reglas que gobiernan los fenómenos, los dos papanatas, cuya fortuna se ve bastante mermada por sus infructuosos experimentos, apiadándose de sí mismos, encuentran una explicación: todas sus desventuras se deben a su desconocimiento de la química. Así se le abre la puerta del relato a esta ciencia exacta. Sin embargo, el tránsito de una parcela del conocimiento a la siguiente no siempre obedece a la necesidad, como en este caso. Habrá que ver, en cada ocasión, cómo progresa la serpiente del conocimiento.

IV – Visión de la ciencia

1. La ciencia vista por Bouvard y Pécuchet

El mutuo interés por la ciencia hace que el encuentro casual de Bouvard con Pécuchet se transforme en una amistad y convivencia de veinte años y fija la cronología interna del relato novelesco. Desde los primeros encuentros exaltan las ventajas de las ciencias y reconocen que les queda mucho por saber y por investigar. Los vemos visitar juntos las colecciones públicas, el Museum. Se informan sobre los descubrimientos, leen prospectos y a causa de esta curiosidad su mente se ensancha. Al fondo de un horizonte más lejano cada día perciben cosas a la vez confusas y maravillosas. Los libros cuyos títulos les resultaban ininteligibles les parecían contener un misterio. Y al tener más ideas también tuvieron más sufrimientos. El recorrido que se disponen a iniciar se anuncia como un camino en el que habrá que sufrir pues saben que la empresa será difícil. Deseaban sufrir por la ciencia. Bouvard deploraba su ignorancia e, incluso, le pesaba no haber frecuentado, de joven, la Escuela Politécnica. Estos dos hombres son, sin lugar a dudas, dos papanatas, pero los hay más imbéciles: aquéllos que, a sabiendas de que existe un mundo en el que las ciencias se abren camino, no hacen nada por entenderlo.

A veces podríamos confundir las voces de Bouvard y de Pécuchet con la del propio Flaubert tal como nos llega desde su correspondencia. Daremos como ejemplo lo que ocurre en el momento de la llegada a Chavignolles de una figura anatómica de cartón del doctor Auzoux. El alcalde Foureau y los vecinos están alterados por la presencia de tal objeto. El alcalde les pregunta si ellos tenían derecho, aún no siendo

médicos, a disponer de semejante objeto. Los amenaza con llegar hasta el prefecto. La reacción ante tales conductas y amenazas más parece salir de la propia boca de Flaubert que de sus personajes:

«- ¡Qué país! ¡No se podría ser más inepto, salvaje y retrógrado!»

Bouvard y Pécuchet parecen, a veces, vislumbrar el aspecto provisional de las conclusiones científicas. Llegan a comprender que la ciencia no es una doctrina cerrada llena de dogmas eternos. Es lo que afirma Bouvard:

«La ciencia está hecha a partir de los datos que proporciona un rinconcito de toda la extensión. Tal vez no convenga a todo el resto que ignoramos, que es mucho mayor, que no podemos descubrir.»

La ciencia no se basa en el criterio de la mayoría:

«Si el individuo no puede saber nada, ¿por qué todos los individuos reunidos sabrían algo más? Un error, aún cuando contara cien mil años, por el sólo hecho de ser viejo no constituiría una verdad. La muchedumbre sigue invariablemente la rutina; la minoría, por el contrario, es quien conduce el progreso.»

La ciencia tampoco respeta los dogmas de la fe cristiana. La fe que profesa el cura Jeufroy no contiene ningún saber positivo. Durante una discusión con Bouvard a propósito de la Biblia, el cura deja claro que la ciencia le inspira reflexiones sarcásticas:

«- ¿Haría crecer una sola espiga de trigo, su ciencia? ¿Qué sabemos nosotros?»

Sigue un texto en estilo libre indirecto en respuesta a los sarcasmos del cura. Cabe notar que el verbo saber se repite hasta tres veces para subrayar la estupidez de su saber. Se ignora si el autor de tal respuesta es Bouvard o el propio narrador. Tal vez sea una respuesta que asumen ambos y por ello no es necesario precisar la autoría:

«Pero él [el cura] sabía que el mundo fue creado para nosotros; sabía que los arcángeles están por encima de los ángeles; sabía que el cuerpo humano resucitará tal como era hacia la treintena.»

La preocupación por la ciencia, el contacto con ella ha transformado la percepción de los dos papanatas. Sus miras se han ampliado. A la euforia de los principios cuando se sentían orgullosos de poder reflexionar sobre los grandes temas del conocimiento sucede, hacia el final del recorrido, otra manera de enjuiciar las cosas. Al final del capítulo octavo esta transformación les permite ser sensibles a la estupidez. Dice el narrador:

«Entonces una facultad lamentable se desarrolló en su mente, la de reconocer la estupidez y no poder soportarla. Cosas insignificantes los entristecían: anuncios en los periódicos, el perfil de un burgués, una reflexión estúpida oída por casualidad.»

2. Visión de la ciencia en la novela

La ciencia le interesa a Flaubert por su valor de documentación y su rigor intelectual, así como por sus métodos de observación y de exposición. Una de las posibles lecturas de *Bouvard y Pécuchet* puede proponerse como objetivo el captar la visión de Flaubert sobre la ciencia de su época. Para intentarlo, examinaremos principalmente el tratamiento novelesco de la química, de la medicina –o más ampliamente del arte de sanar– y de las ciencias naturales.

A. La Química

La química es una de las pocas ciencias duras abordadas en la novela. Las matemáticas o la física permanecen totalmente fuera del campo de las preocupaciones de Bouvard y de Pécuchet. Se dice que este tenía una caja de matemáticas cuyo contenido no se precisa, pero que le fue útil cuando quiso realizar el diseño del nuevo jardín. No hay ninguna otra alusión a las matemáticas. Indirectamente sí confiesa Bouvard su nostalgia de no haberlas podido estudiar –además de la física– en la Escuela Politécnica de París.

Flaubert escribe en su correspondencia que no comprendía nada la química. A pesar de esta afirmación los dos papanatas muestran interés por ella. Es cierto que les dura poco, algo más de una página. Este episodio se reduce a un intento de exploración teórica, la búsqueda de las contradicciones entre especialistas y un breve momento grotesco al final.

a) La búsqueda de la información

Empezaron por el *Curso elemental de Química* que Víctor Regnault (2) comenzó a publicar en 1848. Comprenden muy poco. Se quedan con lo siguiente:

1. Los cuerpos simples son tal vez compuestos.
2. Se dividen en metaloides y metales (diferencia que no tiene nada de absoluto).
3. Pasa otro tanto con los ácidos y las bases, al poderse comportar un cuerpo como los ácidos o como las bases según sean las circunstancias.
4. La notación les pareció barroca.
5. Las proporciones múltiples turbaron a Pécuchet: «Puesto que una molécula de A, supongo, se combina con varias partes de B, me parece que esta molécula debe dividirse en otras tantas partes; pero si se divide, deja de ser la unidad, la molécula primordial.»

La conclusión es que Pécuchet no ha comprendido nada. Por su parte Bouvard confiesa que no comprende nada tampoco, lo que no es de extrañar. Se van a por un libro más fácil. Huyen de los tratados originales y buscan obras de divulgación. Leen el manual de Girardin. En este manual aprenden lo siguiente:

1. 10 litros de aire pesan 100 gramos.
(Esta afirmación es una prueba de la incapacidad de comprensión de lo que leen ya que Girardin da otra cifra: «sabemos que 10 litros de aire, en su estado ordinario, pesan 13 gramos, o, dicho de otra forma, que 380 litros de aire pesan más o menos una libra»).
2. No entra el plomo en los lápices.
3. El diamante no es sino carbón (Definición que figura incluso en el *Diccionario de tópicos*).
4. La tierra, como elemento, no existe.
5. Comprendieron el manejo del soplete, el tratamiento del oro, de la plata, el lavado de la ropa y el estañado de las cacerolas.
6. Después de lo cual y sin el menor de los escrúpulos, los dos papanatas se lanzaron a la química orgánica.
 - a. En los seres vivos se encuentran las mismas sustancias que en los vegetales.
 - b. El hombre contiene fósforo como las cerillas, albúmina como la clara de huevo, gas hidrógeno como los reverberos.
 - c. Después de los colores y de los cuerpos grasos, la fermentación.

- d. De la fermentación pasan a los ácidos.
- e. La ley de las equivalencias los volvió a sumir en un aprieto. Trataron de esclarecerla con la teoría de los átomos. Lo que los hundió definitivamente.

De todo esto comprendieron bien poca cosa.

b) La constatación de las contradicciones

Empiezan atacando la ambigüedad de la terminología. Al hablar de cuerpos simples y compuestos Víctor Regnault parece haber admitido la ambigüedad señalada por Bouvard y Pécuchet. Lo citamos textualmente:

«Con esto no queremos afirmar que estos cuerpos sean realmente simples; es muy posible que progresos futuros de la ciencia nos permitan, más adelante, proceder a descomposiciones que han resistido a los medios de los que actualmente disponemos; y que para entonces, cierto número de cuerpos que ahora vemos como simples, tal vez todos ellos, pasen a ser considerados como compuestos.»

El químico se limita a exponer una reserva que deja la puerta abierta a los progresos futuros de la ciencia. Esto no pasa de ser más que la expresión de la garantía del carácter científico de la química. Ni Bouvard ni Pécuchet son capaces, dado su grado de ignorancia en química, de comprender este tipo de reservas.

Esta ignorancia no es sólo un hecho propio de ellos. Su escenificación en la novela refleja además el contexto histórico específico de la investigación química francesa. El texto presenta dos veces una crisis de los estudios químicos. La ley de las equivalencias es lo que hizo que los dos papanatas abandonaran el estudio de la química. O, con mayor exactitud, la confrontación de la ley de las equivalencias con la teoría de los átomos.

Los químicos franceses del momento, primera mitad del siglo XIX, se dividían en no atomistas –a favor de la ley de equivalencias– y atomistas. La teoría de los átomos había sido propuesta por Dalton (1766-1844) a comienzos de siglo. Pero tardaba en propagarse por Francia, donde se consideraba como demasiado teórica y por consiguiente contraria al método experimental. Los no atomistas, que ocupaban lugares importantes en el mundo de la química en Francia, hacían todo cuanto estaba a su alcance para frenar la expansión de la teoría de los átomos. Habrá que esperar hasta los años sesenta para que ésta empiece a imponerse.

En este contexto, se justifica buscarle un sentido a la vez histórico y estético a la manera en que el relato pone punto final al estudio de la química, dentro de esta confrontación entre la ley de las equivalencias y la teoría de los átomos. El autor que leen los dos papanatas, Regnault, no es atomista. Pretender esclarecer la ley de las equivalencias por la teoría de los átomos es pretender esclarecer una teoría confundiéndola con su contraria. Podemos pensar que Flaubert, que escribe al final de los setenta, en una época en la que la química en Francia ha salido ya del retraso impuesto por los no atomistas, quiere sacar provecho de la distancia entre el tiempo de la escritura y el del relato para justificar el abandono definitivo de la química escenificando la contradicción entre atomistas y no atomistas. Esta huída le permite no tomar parte, ni siquiera dar pistas, sobre cómo se ha de resolver el conflicto. El escritor en 1878 sabe quién ha ganado, pero sus personajes en 1848 no lo pueden saber y siguen viendo una contradicción entre especialistas. La voluntad de dejar constancia de lo ambiguo, de dejar perplejos a sus dos papanatas es lo que realmente le interesa al novelista desde el punto de vista estético.

Otro tanto ocurre con la otra crisis. Las proporciones múltiples (3) turbaron a Pécuchet, según Bouvard. Si los dos papanatas no comprenden esta ley o, más generalmente, la combinatoria química, es porque no distinguen las nociones de molécula y átomo. Es ésta una característica también de los no atomistas de la época. Por consiguiente, su primer fracaso en química está influenciado igualmente por la lucha entre atomistas y no atomistas.

El episodio de la química es un ejemplo que ilustra cómo *Bouvard y Pécuchet* introduce en el relato la ciencia moderna. La novela apuesta por representar fielmente la situación contemporánea del mundo de la química, lo que sus esfuerzos le costó al narrador, con sus lecturas interminables y arduas. Esto se transforma, dentro del relato, en la materia de que se componen sus personajes novelescos y en la propia ruta que sigue el relato. La incapacidad de los dos papanatas para comprender la química asegura la transición para abordar el dominio científico siguiente. En efecto, ellos piensan que les serían necesarios unos aparatos que sus medios económicos no les permiten adquirir. Hay que desistir de la fase de experimentación. Entonces deciden consultar sus dudas y recabar explicaciones. Para ello se dirigen al médico del lugar, el doctor Vaucorbeil.

c) Lo grotesco

Nos encontramos entonces, al final del episodio, con el momento grotesco. Acecha la risa del Garçon. Se dirigen a la consulta del doctor Vaucorbeil. Entonces se inicia un diálogo:

«- Señores, los escucho. ¿Cuál es la dolencia?, dice el doctor.

Pécuchet le replicó que no se encontraban enfermos, y tras exponer la finalidad de su visita:

- Deseamos conocer primeramente la atomicidad superior.

El médico se puso muy rojo, después les echó una bronca por pretender meterse en química.

- No es que yo niegue su importancia, ¡por supuesto! Pero actualmente ¡nos la encontramos hasta en la sopa! La química ejerce una acción deplorable sobre la medicina.»

Al concluir este episodio podrán repetir los dos papanatas lo que decían antes de iniciar esta búsqueda: «seguimos sin saber química». Impulsados por el doctor Vaucorbeil pasan a interesarse por la medicina.

B. La Medicina

Este es un campo sensible para Flaubert. Su padre y su hermano mayor fueron médicos y su infancia se vio marcada por su residencia en el interior del hospital de Rouen. La medicina es el dominio científico al que Flaubert consagra más esfuerzos en su última novela. La aborda desde varios puntos de vista: la anatomía, la fisiología, el arte de curar y la higiene en el capítulo tercero; encontramos dominios próximos, como la hidroterapia, al final del capítulo séptimo; la gimnasia y el magnetismo en el capítulo octavo y la frenología en el último capítulo. Vamos a recorrer estos dominios para detenernos en la cabecera de maestro Gouy, aquejado de una fiebre tifoidea.

a) La Anatomía

Todo cuanto han visto en la consulta del doctor Vaucorbeil les ha interesado mucho. Pécuchet felicita por ello al doctor y le expresa su idea de que la anatomía debe ser un hermoso estudio. Esto sirve de transición para abordar la anatomía. La naturaleza de este campo hace que se limitan al estudio.

1. Búsqueda de la información y de la formación

Observan diversos instrumentos médicos y una figura anatómica desollada. Vaucorbeil les habla de sus disecciones. Les presta placas anatómicas. Buscan un manual explicativo, el *Nuevo manual del anatomista* (1835) de Alexandre Lauth. El libro de consulta elegido fue el *Diccionario de las ciencias médicas*. Mandan a buscar una figura anatómica de cartón de Jérôme Auzoux (4). Se sienten especialmente atraídos por las manifestaciones monstruosas.

Se pusieron manos a la obra para descubrir la anatomía con la figura de cartón. El estudio del cerebro les inspiró reflexiones filosóficas y en él encontraron un ovillo inextricable, suficiente como para ocupar toda una existencia. Cuando se cansaban de un órgano pasaban al siguiente, el corazón, el estómago, la oreja, los intestinos. Terminaron por clavar la figura de cartón en su caja y el doctor opinó que ya eran demasiado viejos para estos estudios. Se ofendieron y rechazaron ser tratados como incapaces. Buscaron otros libros para continuar.

2. Lo grotesco

A veces, en un arrebato de entusiasmo, desmontaban por completo la figura anatómica y después no sabían cómo poner cada trozo en su lugar. Este trabajo resultaba penoso, después de comer sobre todo, y no tardaban en coger el sueño, Bouvard con la barbilla caída y el abdomen hacia delante y Pécuchet con la cabeza en las manos y los codos en la mesa.

b) La Fisiología

1. Búsqueda de información y de formación

Un librero de lance les procuró los tratados de Richerand y de Adelon. Pensamos que puede tratarse, en cuanto al primero, de su libro de 1801 *Los nuevos elementos de fisiología*, que alcanzó diez ediciones y fue traducido en varios idiomas con unos 30.000 ejemplares vendidos; en cuanto al segundo, podría tratarse del *Diccionario de medicina* publicado en 1821.

Se paran a considerar la ley de Sanctorius, médico italiano (1561-1636) que descubrió midiendo en una balanza las variaciones de peso del cuerpo la «*perspiración insensible*.» (La palabra *perspiración* no existe en español. En francés la palabra designa un conjunto de intercambios respiratorios – eliminación de vapor de agua, absorción de oxígeno – que se realizan a través de los alvéolos pulmonares y por evaporación a través de la piel sin sudación aparente). Por lo demás, el estudio de la audición, de la fonación y de la visión se liquida rápidamente. Bouvard se extendió mucho más en el capítulo de la reproducción.

2. Fase experimental. Lo grotesco

Llevan a cabo varias experiencias de las que señalaremos tres. La primera consiste en intentar imitar a Sanctorius que durante medio siglo se dedicó a pesar diariamente lo que comía, sus excreciones y a sí mismo. La segunda experiencia tuvo que ver con el calor. Ciertos sabios pretenden que es posible, agitando el tórax y los miembros pelvianos, elevar la temperatura de un baño tibio. Bouvard trajo la bañera en la que se introdujo con un termómetro. Finalmente se dedican a hacer todo tipo de experiencias, es decir, de perrerías, con animales. Todas fracasan estrepitosamente.

La nutrición les preocupaba mucho. Confiesan no comprender gran cosa. También no comprender nada la noción de fuerza del corazón. Llegan a la conclusión de que la fisiología es, citando una expresión vieja, la novela de la medicina. Y al no haber comprendido nada dejaron de creer en esta ciencia.

c) La Higiene

1. Búsqueda de información

Consultan el *Manual de higiene* del doctor Morin. Todos los alimentos, por lo que alcanzan a comprender, presentan graves inconvenientes. Terminan por preguntarse cómo, comiendo como comen, han podido llegar hasta este momento.

2. Las contradicciones entre especialistas

Los alimentos representan graves dificultades, según Morin. Siguiendo la opinión de Becquerel sería todo lo contrario. Citan otras contradicciones entre especialistas de higiene. Terminan por plantearse cómo definir la higiene en la alimentación. Es una noción muy relativa, verdad hasta los Pirineos y mentira más allá, según Lévy; Becquerel añade que no es una ciencia. Entonces, olvidándose de los consejos de los especialistas, se dan una opípara comida, generosamente rociada.

d) Hidroterapia

En este terreno no necesitan buscar información. De todos es sabido que la hidroterapia quita y da todas las enfermedades según el *Diccionario de tópicos*. Pécuchet ha cogido una enfermedad secreta en el contacto íntimo con Mélie. Bouvard y piensa en la hidroterapia para curarlo. Así pues los papanatas desnudos se lanzan cubos de agua; quienes los vieron se escandalizaron.

e) La Gimnasia

1. Búsqueda de la información

La encuentran en el *Nuevo manual completo de educación gimnástica y moral* de Amorós (5). Los ejercicios que preconiza son de dos tipos. Unos son elementales, como la marcha, movimientos de miembros inferiores y superiores, saltos. Otros son ejercicios de aplicación, como barras paralelas, suspensiones, trapecio, entre otros.

2. Intención grotesca

Se leerá con gusto el episodio de los zancos. Resulta fácil de entender que llegaran a la conclusión de que la gimnasia no conviene a personas de su edad y condición. La abandonaron. Para reponerse de tanta fatiga, Bouvard se acercó hasta la venta para comprar botellas de vino español, en honor, sin duda del marqués de Sotelo. La intención de Flaubert, no es la exposición ni la crítica, sino provocar las carcajadas.

f) El Magnetismo

1. Búsqueda de la información

Los dos papanatas se dejan arrastrar al magnetismo por el conde de Faverges, que organiza veladas en su residencia. Pécuchet asistió a una, e intrigado, de regreso a casa, consulta la *Guía del magnetizador* por Montcabère (autor probablemente ficticio). El principio es el siguiente: todos los cuerpos animados captan y transmiten la influencia de los astros, propiedad análoga a la capacidad del imán. Dirigiendo esta fuerza adecuadamente se puede curar a los enfermos. La falsa ciencia ha progresado desde Mesmer, pero sigue siendo importante verter el fluido y realizar encantamientos que provocan el sueño en el paciente.

2. La práctica

Bouvard se dejó convencer y una tarde propuso magnetizar a Germaine, a la que le encantaban los tragos de calvados, aguardiente de manzana. Consiguió dormirla sin dificultad, evidentemente. Vuelven al ejercicio de la medicina no sin cierto éxito.

Vaucorbeil se pone furioso al encontrarlos en casa de sus enfermos. Le explican su práctica. El doctor considera que el magnetismo es pura charlatanería, cuyos efectos provienen tan sólo de la imaginación. Y sin embargo funciona con los animales. Bouvard y Pécuchet hablan del fluido nervoso-sideral, el cura de maniobras prohibidas por la iglesia y Vaucorbeil de coincidencias. Para los habitantes de Chavignolles los dos papanatas parecen peligrosos. Su ciencia les parece nociva para la sociedad.

3. Lo grotesco

Ciertos episodios parecen estar exclusivamente destinados a provocar las carcajadas, como la cura de la vaca inflada o la sesión de magnetismo debajo del peral.

g) La Frenología

1. Búsqueda de la información

En este caso, la información procede directamente del doctor Vaucorbeil. El doctor se rebela contra Gall (6). La frenología es el estudio de la estructura del cráneo para determinar el carácter y las capacidades mentales de una persona.

2. La práctica

Bouvard y Pécuchet quisieron verificar en su persona las afirmaciones de la frenología. Bouvard presentaba la peta de la bondad, de la imaginación, de la veneración y la de la energía amorosa, esto es, la del erotismo. Se podía percibir en los temporales de Pécuchet la filosofía y el entusiasmo, unidos al espíritu de la astucia.

Todo esto lo sabíamos, por supuesto, antes de que fueran capaces de analizar los cráneos. Buscaron cabezas en el mercado público para proceder a la lectura de los cráneos. Lo hacían cerca de la iglesia del pueblo. El cura prohibió tajantemente aquello. Se instalaron en la barbería de Ganot. Una vez más Vaucorbeil, el médico, habla de estulticia. Pero ellos consiguen cierta notoriedad con estas prácticas. Se les ocurre incluso que podrían montar un centro de observación y educación basado en los análisis de la frenología.

h) El arte de curar

Después de sus fracasos en fisiología los dos papanatas se pasan un mes sin hacer nada y les vuelven ganas de cultivar su huerto. Para esto necesitaban hacer reparar sus abandonadas herramientas.

1. La búsqueda de la información

Se encontraron con un vendedor ambulante de objetos piadosos que les ofreció un *Manual de la salud*. Barberou les proporcionó complementos de información. La claridad de la doctrina los sedujo. Todas las enfermedades provienen de los gusanos. Estropean los dientes, taladran los pulmones, dilatan el hígado, destrozan los intestinos y causan ruidos en ellos. Lo mejor para deshacerse de ellos es el alcanfor. Manifestaron mucho interés por la vacuna. Los nombres de las enfermedades en griego, latín y francés les parecían constituir un galimatías indescifrable. Se perdieron en la filosofía de la medicina.

Se quedaron prendados del «arché» de Van Helmont (7), del vitalismo (8), del brownismo (9), del organicismo (10). Prendados tal vez más de la sonoridad de las palabras que de su contenido. Le pedían aclaraciones al doctor a propósito del germen de la escrófula, del miasma contagioso, del método para, en los casos mórbidos, distinguir la causa de sus efectos.

2. Discusión sobre el vitalismo y el organicismo

En la primera mitad del XIX, el mundo de la medicina en Francia estaba marcado profundamente por un antagonismo doctrinal entre el vitalismo y el organicismo. Los vitalistas vinculaban todo fenómeno vital, incluso el patológico, con la acción de un principio inmaterial y trascendente, el principio vital. Para el organicismo o materialismo médico que iba ganando terreno, por el contrario, la vida resultaba sencillamente de las propiedades inherentes a la materia organizada.

Lo incompatible de ambas teorías se manifiesta especialmente a propósito de la localización de las enfermedades. El vitalismo, al considerar la vida como una totalidad, no intenta nunca aislar la alteración para explicar el conjunto de los síntomas de la enfermedad. Siguiendo la tesis organicista, al contrario, toda enfermedad tiene como origen una lesión orgánica definida: sólo con el escalpelo se consigue identificar con certeza la causa de la enfermedad. «Abrid algunos cadáveres, veréis desaparecer de inmediato la oscuridad que nunca la observación externa hubiera sido capaz de disipar.» Tal es la divisa de la nueva percepción médica, formulada por Bichat (1771-1802) desde 1801 en su *Anatomía general*. La enfermedad, localizada en el foco de la lesión, se define, a partir de entonces, como orgánica. Los vitalistas no se resignan por completo a la idea de la localización de las enfermedades y alegan la existencia de enfermedades vitales sin lesión, entre las cuales señalan las fiebres esenciales.

Si examinamos ahora el episodio de la fiebre tifoidea de Gouy nos damos cuenta de que el antagonismo entre vitalismo y organicismo cobra aquí la forma de una disputa entre Pécuchet y Vaucorbeil. El primero sostiene la doctrina vitalista.

«- ¡Pero la dieta debilita el principio vital!

- ¡Qué me cuenta usted con su principio vital! ¿Cómo es? ¿Quién lo ha visto?

Pécuchet se hizo un lío».

El problema de la localización orgánica de las fiebres constituía uno de los núcleos duros del antagonismo doctrinal. Broussais (1772-1838) se opuso radicalmente a la teoría de la esencialidad de las fiebres. Con él, las fiebres pasan a ser consideradas como enfermedades locales que afectan, en un segundo momento, al conjunto del organismo. Para los vitalistas la fiebre no es una enfermedad local de tal o cual parte sino una enfermedad general que afecta a todo el organismo. Son cada vez más numerosos los médicos que, por aquel entonces, critican la concepción vitalista de la esencia febril.

3. La práctica de la medicina de Bouvard y Pécuchet

Los dos papanatas se ponen a ejercer el arte de curar. Este arte no tiene nada de científico, pero es interesante observar que su atrevimiento quiere ser una alternativa a las inexactitudes de la medicina. Adoptan el alcanfor como panacea. Emprenden la aventura de curar a un petudo y nos echamos a temblar recordando a Charles Bovary y su desgraciado zopo. El petudo no sana pero, por lo menos, escapa. Logran curar una mancha extraña que la viuda Bordin tiene en la mejilla. Acompañan al médico a visitar a los pobres. Después consultan sus libros. Los síntomas descritos por los autores no se correspondían siempre con lo que habían observado. Después, empiezan a visitar por sí solos a los enfermos, molestos por la falta de lógica del doctor, según ellos. Leen las prescripciones médicas y dan sus propios consejos. Se atreven incluso a auscultar a los enfermos. Han adoptado la moda reciente de introducir el termómetro por el ano. Finalmente, poco a poco se convierten en objetos de su propia observación y se encuentran llenos de enfermedades. Bouvard terminó por hartarse de la medicina.

4. Inclusión en el relato («novelización») de la fiebre tifoidea

La búsqueda de documentación para introducir la medicina en su novela condujo a Flaubert a tratar el caso de la fiebre tifoidea. Esta elección se explica por varios factores. Primero porque era endémica en los países occidentales desde por lo menos trescientos años antes y hasta mediados del siglo XIX. Por otro lado, esta enfermedad adquiriría una gran importancia en el contexto contemporáneo de la oposición entre vitalismo y organicismo. Karl Joseph Eberth (1835-1926), biólogo y profesor suizo, descubriría el bacilo de la *Salmonella Typha*, conocido como bacilo de Eberth, en 1879. Este bacilo es responsable de la fiebre tifoidea. Flaubert ese mismo año está escribiendo su novela. Antes de este descubrimiento, lo esencial de las discusiones giraba alrededor del estatus de la lesión intestinal, que es el carácter específico de la enfermedad. Pierre Bretonneau (1778-1862) había apuntado la especificidad de la tifoidea al demostrar de manera definitiva la existencia de alteraciones del intestino delgado. Permanecía el problema de saber si la lesión orgánica constituía el origen propio de la enfermedad o si resultaba del dispositivo más general que es la fiebre tifoidea. Los sabios de la época no eran capaces de zanjar esta cuestión. Las ulceraciones intestinales que coinciden con la fiebre tifoidea son interpretadas por unos como la causa y por otros como la consecuencia de la enfermedad. Para el autor de *Bouvard y Pécuchet*, esta divergencia de opiniones es lo que le confiere su interés novelesco.

La documentación de Flaubert sobre la fiebre tifoidea abarca principalmente tres problemas. Primero, el novelista se interesa por los síntomas de la enfermedad. Esta recolecta de signos clínicos se efectúa pensando, evidentemente, en la descripción novelesca del cuerpo sufriente. Segundo, el problema del estatus de la lesión específica no escapa al interés de Flaubert. Los autores médicos consultados muestran un desacuerdo profundo al respecto. Y en la novela la discusión sobre la naturaleza de las fiebres remite a esta contradicción entre especialistas. Tercero, el tratamiento de la afección constituye otro centro de interés. Una interrogante sobre todo se plantea y es particularmente importante: saber si hay que alimentar o no al paciente. Difícil de resolver dado que la alimentación, en caso de fiebre tifoidea, se acompaña necesariamente del riesgo de perforación intestinal.

4.1 Los síntomas

Podemos observar la exactitud científica de la descripción de los síntomas de la fiebre tifoidea que afecta a maestro Gouy. Manchas lenticulares en el pecho, dolores en las articulaciones, vientre inflado, lengua roja, somnolencia: todos los síntomas descritos por los especialistas están reunidos en la descripción novelesca. Sabemos que Gouy está enfermo desde hace quince días. Esta precisión no es gratuita ya que los síntomas atribuidos al personaje son exactamente los que debe provocar la fiebre tifoidea en este estadio. Cuando Pécuchet se ofrece para curar la tifoidea de Gouy, ésta se encuentra hacia el final de su segundo período. Esta hipótesis corresponde perfectamente a la descripción del cuerpo sufriente del aparcero, así como a la continuación del relato. Pocos días después de la escena de la consulta, la enfermedad entra en su último periodo y su desenlace final debería ser feliz. Así pues, el relato novelesco de la fiebre tifoidea está clínicamente motivado en todos sus detalles descriptivos.

4.2 La alteración orgánica

La fiebre tifoidea se caracteriza por la alteración de los folículos mucosos del intestino delgado. Ciertos autores, los estrictamente organicistas en particular, consideraban esta lesión específica como el punto de origen de la enfermedad, pero esta

opinión no era compartida por todos. En su novela Flaubert ha puesto en escena este debate sobre la naturaleza de la fiebre tifoidea, ilustrando así el conflicto de las dos doctrinas médicas antagonistas. El problema del estatus de la lesión intestinal opone el vitalista Pécuchet al organicista Vaucorbeil en la cabecera del enfermo Gouy. El doctor afirma que la fiebre tifoidea es una alteración de la membrana folicular del intestino. Pécuchet le replica que no es siempre así. Ambos traban una discusión sobre la naturaleza de las fiebres en general. De lo que se trata es nada menos que de la esencialidad de las fiebres. Pécuchet creía en su esencialidad, para Vaucorbeil dependían de los órganos. A pesar de lo ridículo de la situación, esta conversación entre un médico de pueblo y un papanatas, amateur de ciencias, sirve para exponer una contradicción del saber médico del momento.

Esta disputa es muy densa desde el punto de vista de la comicidad de ideas. El imaginario novelesco de *Bouvard y Pécuchet* emana directamente de las configuraciones propias del saber. Toda novela plantea el problema de los documentos, siempre presentes en la literatura novelesca, pero en esta novela de Flaubert se plantea con una agudeza particular. Los libros leídos o consultados por el autor alimentan el imaginario novelesco y dirigen la elaboración del programa narrativo. Y a su vez, el texto de la novela resultante expone, casi siempre en tonalidad irónica, las contradicciones del saber. No es porque Flaubert ha observado un enfermo con fiebre tifoidea por lo que ha conseguido describirlo con tanta exactitud. Es porque ha acumulado todo tipo de síntomas en los tratados de medicina consultados por lo que puede configurar un cuerpo sufriente aquejado de la fiebre tifoidea. Es el realismo de la descripción científica lo que genera el realismo de la descripción de la enfermedad del aparcerero Gouy. La discusión sobre la esencialidad de las fiebres se encuentra integrada sin dificultad en la disputa entre Pécuchet y el Doctor. No son sólo los dos personajes novelescos sino, sobre todo, los dos sistemas opuestos los que bregan en la cabecera del pobre Gouy, cuya propia vida pende de la solución de esta divertida pugna doctrinal.

4.3 La producción de la ambigüedad: ¿hay que nutrir o no al enfermo?

En cuanto al tratamiento de la fiebre tifoidea, el problema del régimen alimenticio revela ser de primera importancia. La lógica organicista ordena imperativamente la dieta. Al ser la tifoidea por esencia una alteración del intestino delgado, la alimentación corre el riesgo de ocasionar una perforación frecuentemente mortal. No es de extrañar que los médicos organicistas prescribieran una abstinencia más o menos rigurosa para evitar esta tremenda complicación. Sin embargo, una privación prolongada puede acarrear inconvenientes no menos problemáticos. La inanición puede provocar por sí sola una inflamación cerebral y gástrica. Con la dieta se añade, obligatoriamente, esta nueva alteración a la enfermedad. Es preciso mantener la alimentación de los enfermos de fiebre tifoidea durante todo el proceso de su curación. Claro que la dieta debe componerse de potajes sin grasa, algunas cucharadas de caldo de carne, pero es necesario esperar mucho antes de permitirles alimentos sólidos.

Este dilema está escenificado en forma de diálogo. Pécuchet le prescribe al aparcerero caldos y un poco de carne. Vaucorbeil se encoleriza, lanza el plato por la ventana y califica esta alimentación de verdadero crimen. La razón que cita para justificar la dieta es la de un organicista estricto: «Perforará el intestino, puesto que la fiebre tifoidea es una alteración de su membrana folicular.» Al ser para él orgánica la naturaleza de las fiebres, importa por encima de todo, alejar todo aquello que puede sobreexcitar. A esta opinión materialista Pécuchet opone un argumento francamente vitalista: «Pero ¡es que la dieta debilita el principio vital!». Esta exclamación no podía sino suscitar los sarcasmos del doctor que niega la existencia de este principio: «¡Qué

me cuenta usted con su principio vital! ¿Cómo es? ¿Quién lo ha visto?». Finalmente, Vaucorbeil invoca la falta de apetito del enfermo:

«- Por otra parte, decía el médico, Gouy no quiere alimentos.

El enfermo hizo un gesto de asentimiento bajo su gorro de algodón.

- Eso no importa. Los necesita.»

¿Quién tiene razón? De hecho, Gouy, al día siguiente, tuvo un dolor en el abdomen. ¿Podría ser el resultado de haber ingerido alimentos? ¿Tal vez no se haya equivocado Vaucorbeil? Después de todo, el médico es él y algo tiene que saber. Los remordimientos asaltaron a Pécuchet. Tenía miedo de ser homicida. Pero Gouy no tardó en recuperar fuerzas. ¿Quiere esto decir que Pécuchet tuvo razón al suprimir la dieta? Cierto es que, a primera vista, el resultado de su intervención parece ser perfectamente afortunado. Gouy sana rápidamente. Sin embargo, tal éxito no queda libre de cierta ambigüedad, puesto que la enfermedad se agravó momentáneamente después de la ingesta de alimentos.

Esta cuestión sugiere otra interpretación. Pécuchet hubiera podido provocar una perforación intestinal. El personaje teme seriamente este accidente grave cuando ve al aparcerero sufriendo un dolor abdominal. La intervención de Pécuchet, lejos de haber causado la curación, ¿no ha sido responsable, antes al contrario, de un retraso en el proceso de curación? Esta segunda interpretación no constituye la verdad exclusiva del texto, pero es, cuanto menos, tan plausible como la primera. En efecto, ningún indicio textual viene a zanjar la ambigüedad en cuestión. La pluralidad semántica del texto novelesco permanece abierta hasta el final. Flaubert decide no conceder ningún elemento definitivo para que el lector pueda saber quién, de los dos personajes en conflicto, tiene razón. El texto novelesco es así susceptible de varias lecturas concurrentes.

C. La Historia natural

En el recorrido enciclopédico de *Bouvard y Pécuchet*, las ciencias naturales ocupan un lugar entre la química y la fisiología, a comienzos del capítulo tercero, y la arqueología, en el capítulo cuarto. En la exploración del saber científico, se reserva una plaza especial a la geología y a la paleontología que, nacidas con el siglo, fascinaron a toda la generación romántica. Flaubert les dedica un interés particular. Los años de su juventud se caracterizan en Francia por la moda de las ciencias de la naturaleza, que, durante el primer tercio del siglo, se hicieron notar, ante los ojos del gran público, por descubrimientos espectaculares, abriendo nuevos e inmensos espacios para el pensamiento y la imaginación, los espacios de los mundos y de los tiempos del pasado.

a) Reflexión e información

Una documentación, a menudo de segunda mano, les permite a los dos papanatas aprender algo sobre las doctrinas de Lamarck y de Geoffroy Saint-Hilaire. La ficción nace entre líneas de los libros consultados. Al querer confirmar la tesis de Cuvier, Bouvard y Pécuchet se lanzan a la búsqueda de fósiles y se hacen geólogos. La lectura del *Discurso sobre las revoluciones del globo* precipita su imaginación en el mundo de los sueños. Se representan la historia del mundo en una serie de cuadros fantásticos y poéticos. A partir de mediados del siglo XIX se desarrollan nuevas investigaciones en el campo de la biología y de las ciencias naturales en general, tales como la teoría celular, la teoría de la evolución, la biología molecular, mientras el pensamiento de Darwin se difunde por toda Europa.

Pero para la redacción de su capítulo tercero Flaubert se ha parado en teorías más antiguas que se remontan a principios de siglo. La referencia a Darwin aparece sólo en una discusión sobre la Creación con el cura Jеufroy, cuando Bouvard, alterándose, llegó a decirle que el hombre desciende del mono. A Bouvard y Pécuchet la historia de la naturaleza les interesa mucho. Su itinerario por las ciencias sigue tres tiempos que corresponden a los de su desarrollo natural: después de la contemplación del cielo estrellado se interesan por las especies vivas; de ahí pasan a la observación de la Tierra, a la cuestión de los fósiles, a la geología y, por fin, a las teorías sobre la evolución y a la cuestión del origen del hombre.

Observan gran cantidad de estrellas, la vía láctea, las nebulosas. Se paran a considerar las dimensiones del Sol con respecto a las de la Tierra. Se hacen preguntas sobre la velocidad de la luz. Otras preguntas los asaltan, como por ejemplo: ¿Habrán humanos en otros planetas? Reflexionan sobre las estrellas fugaces hasta llegar a la gran pregunta: ¿Cuál es la finalidad de todo esto? Tal vez ninguna. ¿Cómo está hecho el universo? ¿Está quizás la respuesta en Buffon? En *Las Épocas de la naturaleza* aprendieron que un cometa, al chocar con el Sol, había arrancado una parcela que se transformó en la Tierra. Primero se enfriaron los Polos. Todas las aguas habían envuelto el globo y después de haberse retirado se formaron los continentes; finalmente aparecieron los animales y el hombre.

Cansados de los minerales, buscan en Bernardin de Saint-Pierre (11) y sus *Armonías* una distracción. Se interesan por las bellezas naturales de Francia consultando el libro *Maravillas y bellezas de la naturaleza en Francia* por M. Depping (1784-1853) publicado en París en 1811. Su curiosidad se volvió entonces hacia los animales. Leen a Buffon y deciden pasar a la observación personal de los fenómenos. Para el estudio del desarrollo de los gérmenes, le piden a Dumouchel que les envíe un microscopio. Con este envío, Dumouchel los anima a dedicarse a la geología. Con el microscopio reciben las *Cartas* de Bertrand y el *Discurso* de Cuvier. Dumouchel aprovecha para pedirles que recojan para él amonitas y erizos fosilizados.

b) La Geología

1. Búsqueda de información

Leen *La Introducción a la geología* de Omalius d'Halloy (12) y el *Curso elemental* de Alcides d'Orbigny (13). En las *Cartas sobre las Revoluciones del Globo* de Alejandro Bertrand (14), que vulgarizaron el pensamiento de Cuvier, se interesan sobre todo por los primeros capítulos que recogen las tesis sobre el diluvio. Descubren, por casualidad, las tesis geológicas de Lyell (15), mal conocidas en Francia antes de 1840, leyendo un artículo bastante confuso de un periódico en Le Havre mientras esperan el barco. El título era *De la enseñanza de la geología* y exponía la cuestión tal y como se comprendía en aquel momento.

Después de efectuar estas lecturas, los dos papanatas se hicieron la siguiente composición de lugar:

- Al comienzo había una gran capa de agua.
- Era un mundo silencioso con plantas que se balanceaban en medio de las tinieblas.
- Después un sol rojo y explosión de los volcanes.
- Islas de madréporas aparecieron en medio de los mares poco profundos. En tierra firme hubo palmeras. Enormes conchas y animales en el medio marino desde donde echan a volar serpientes aladas.
- Después fue el turno de los grandes mamíferos por los grandes continentes

- Todas estas épocas habían estado separadas unas de otras por cataclismos, siendo el último el diluvio. Era algo así como un espectáculo maravilloso en varios actos cuya apoteosis era el hombre.

2. La práctica

Se ponen a buscar fósiles después de haber hojeado uno de los manuales Roret. Observamos que el autor precisa que se trata de una lectura poco estudiosa, que se limitan a «hojear». Emprenden viajes por los alrededores siguiendo la pista de investigaciones geológicas locales anteriores. Completan su equipo de geólogos consultando la *Guía del viajero geólogo* de Amy Boué. Una vez equipados – lo que no dejará de interesarle bastante al Garçon – se ponen en ruta. Toda colina era para ellos vestigio del diluvio. La manía de los bloques erráticos (16) sucede a la del diluvio. De regreso a casa cargados de muestras geológicas, se ponen a clasificar.

3. Las contradicciones

La nomenclatura los irritaba. La descripción y la nominación de las especies, de los minerales, de los estratos geológicos constituyen una actividad primordial en las ciencias de la naturaleza, que son, por esencia, descriptivas y taxonómicas. Linné (1707-1778) había fundado la zoología y la botánica, Haüy (1743-1822) la mineralogía y Lyell la geología científica, precisamente nombrando las especies animales y vegetales, los minerales y los estratos geológicos. Si resulta que todo se transforma, que nada permanece estable, los dos papanatas se preguntan: ¿Cómo es posible nombrar las cosas y los seres del mundo? ¿Por qué devoniano, cámbrico, jurásico, como si las tierras designadas por estos nombres no se encontraran fuera de Devonshire, lejos de Cambridge y fuera del Jura? Resulta imposible orientarse: lo que para uno es sistema para otro es un estrato y para un tercero un simple asiento. Las hojas de las capas se mezclan y se embarullan. Menos mal que Omalius d'Halloy previene de que no hay que creer en las divisiones geológicas, lo que alivia bastante a los dos papanatas.

La inquietud de Bouvard y Pécuchet por las nomenclaturas remite a los debates de la geología y de la zoología de su época y, más ampliamente, a un problema esencial, siempre de actualidad, el de lo arbitrario de las categorías científicas. Los problemas que los dos papanatas plantean aquí, es nada menos que el del nominalismo y el realismo del lenguaje de la ciencia, que yace en el fondo de toda interrogación sobre la verdad científica.

En el transcurso de una expedición arqueológica, a la vez que recogen conchas, Bouvard y Pécuchet se elevan a consideraciones sobre el origen del mundo. El primero se declara neptunista y el segundo plutonista. El neptunismo es una teoría que atribuía a la acción del agua la formación de todas las rocas. El plutonismo es una teoría que atribuía la formación de la corteza del globo a la acción del fuego interno, del que los volcanes eran un efecto (17). En esta época, entre geólogos, la querrela de neptunistas y plutonistas armaba bastante ruido. De todas formas, entre ambas tendencias, abogaran por el origen marino o volcánico de las tierras actuales, había una creencia común: una misma ley de formación presidía todas las creaciones del mundo sensible.

Bouvard y Pécuchet evocan, siguiendo las ideas de Cuvier sobre el fijismo y el catastrofismo, la posibilidad de un cataclismo para imaginar el final del planeta Tierra. En este momento Bouvard, siguiendo su camino, se aleja de su amigo. La idea del cataclismo lo perturbó un poco. La escena final del episodio se describe en clave de locura que provoca la idea del cataclismo final. De regreso a Le Havre, caen sobre el ya mencionado artículo de Sir Charles Lyell:

«No hubo nunca un cataclismo completo del globo; pero la misma especie no tiene siempre la misma duración y se extingue antes en un sitio que en otro. Terrenos de una misma época contienen fósiles de épocas diferentes de la misma manera que depósitos muy alejados contienen fósiles semejantes. Los helechos de antaño son idénticos a los helechos de hoy. Muchos zoófitos (18) contemporáneos se pueden hallar en las capas más antiguas. Resumiendo, las modificaciones actuales explican los trastornos anteriores. Las mismas causas actúan aún, la Naturaleza no procede por saltos, y los períodos, afirma Brongniart (19), son sólo abstracciones.»

Cuvier, hasta ese momento, les había aparecido con el brillo de la aureola en la cumbre de una ciencia indiscutible. Después de la lectura de este artículo, su ciencia se desmoronaba. La creación no parecía obedecer a la misma disciplina y su respeto por este gran hombre salió mermado. Mediante lectura de biografías y extractos conocieron algo de las doctrinas de Lamarck y de Geoffroy Saint-Hilaire. Todo esto contrariaba los tópicos y la autoridad de la Iglesia. Trabaron una larga discusión con el cura Jеufroy a propósito de las escrituras y del diluvio. Esta discusión permite la escenificación de la estulticia del cura y de su Iglesia sobre la realidad, ignorancia aún mayor que la de Bouvard y Pécuchet. El conde de Faverges piensa como el cura. Esta discusión hace que algunos contertulios los consideren revolucionarios, mientras que el cura los llama materialistas. Bouvard, exaltado, suelta que el hombre desciende del mono y Pécuchet se remonta más atrás y declara que el hombre desciende de los peces. Consultan al respecto a Vaucorbeil, que responde que la procedencia de los peces es una estulticia y que la procedencia del mono es algo imposible directamente.

El entusiasmo de los dos papanatas geólogos va disminuyendo. Terminan pensando que la geología es demasiado defectuosa. Están hartos del mioceno (20), del eoceno (21) y de todo lo demás. Declaran que no creen en el reino mineral puesto que materias orgánicas han tomado parte en la formación de sus elementos. Puestos a estudiar, mejor ocuparse de otra cosa.

Conclusiones

1. *Bouvard et Pécuchet* se puede leer como una crítica de la ciencia

La novela del XIX, entre otras preocupaciones, medita sobre las ciencias, las imita y las rescribe. El positivismo triunfante parece invadir incluso el arte literario pidiéndole que se apoye en los conocimientos alcanzados por la ciencia. La literatura requiere del escritor realista la misma objetividad, rigor y ascesis que la ciencia le exige al investigador en su laboratorio. Flaubert se esforzó por cumplir con estas exigencias. *Bouvard y Pécuchet*, novela desconcertante a primera lectura, nos ofrece, a través del itinerario de sus héroes, al mismo tiempo que una mirada crítica sobre las prácticas científicas y las formas del amateurismo científico, un recorrido demoledor sobre el saber de su tiempo. Flaubert emite sobre las ciencias una crítica tanto más aguda y eficaz cuanto que pone el acento sobre las particularidades de cada disciplina y sobre sus carencias y contradicciones particulares. Verdaderas o falsas, las ciencias, se ven desde el interior. Los dos papanatas las abandonan, cada vez por motivos diferentes que les son particulares. Flaubert realiza esta crítica de las ciencias a través de diversos modos, introduciendo en la novela los discursos científicos. Adapta, transforma y traduce al lenguaje literario páginas enteras de tratados, manuales y enciclopedias.

El recorrido de Bouvard y Pécuchet por el saber de su época, emprendido con entusiasmo, se presenta como una sucesión de explosiones. Se le puede seguir la pista a

este tema a lo largo de toda la novela, desde la explosión de las conservas al derrumbe del acantilado donde creen haber hallado un enorme fósil, desde la sopera de viejo Rouen hecha añicos hasta la explosión liberadora del vientre de la vaca que los dos papanatas intentan magnetizar, sin olvidar la estatua, hecha también añicos, de San Pedro o la explosión del alambique. El fracaso de Bouvard y de Pécuchet es el derrumbe de las certidumbres. Todo se va a pique. También las ciencias son perecedoras.

Más que una aplicación de los conocimientos o de los métodos científicos, se debería ver en *Bouvard y Pécuchet*, como se había propuesto Flaubert, «una enciclopedia crítica a modo de burla». Todos los interrogantes y críticas que actúan en ella llevan a recelar de la veracidad de las ciencias. La novela, en su itinerario caótico, parece decantarse por el escepticismo, por el relativismo. Esta novela no contribuye a clarificar las cosas. Es imposible saber si hay que leer en ella una crítica radical de las contradicciones de la ciencia, o si se trata de una crítica de las pretensiones de quienes no hacen sino remedarla, limitándose a repetir los tópicos que circulan sobre ella.

En *Bouvard y Pécuchet* la cuestión de la veracidad y de la objetividad en las ciencias desvela abismos de interrogaciones a propósito de lo arbitrario del lenguaje y de la nominación, sobre la historicidad de los conocimientos, sobre la circulación de los tópicos, sobre el realismo y el relativismo. Todas estas cuestiones quedan abiertas. Flaubert no escribe una novela sobre las ciencias, sino sobre la degradación de las ciencias y sobre la inadecuación de una aproximación que le pide a la ciencia lo mismo que otros le piden a la religión: una certeza inmutable sobre el origen y el sentido del mundo. La redacción de esta novela no representa ninguna contradicción con respecto a lo que él consideraba desde 1850, a saber, que la ciencia, especialmente las ciencias naturales, era un modelo para la literatura. Bouvard y Pécuchet tratan las ciencias como si fueran un discurso sobre la verdad, les piden una creencia y la posibilidad de una totalización. Este desplazamiento del deseo de fe al dominio científico está, sin embargo, en desacuerdo con su práctica: descuartizar los libros para hacer resaltar lo absurdo de algunos enunciados y acorralar las contradicciones entre las diversas autoridades del saber dentro de un mismo campo o una misma teoría.

2. La encuesta sobre el conocimiento no se limita al saber científico

Se lee, a veces, que *Bouvard et Pécuchet* es una novela sobre las ciencias. Esto es exacto si sólo se lee la parte consagrada a la ciencia. La mayor parte del texto, sin embargo, tiene que ver con otros campos del conocimiento. El capítulo primero está consagrado a la vida de los dos papanatas, el segundo a la agricultura, el cuarto a la arqueología e historia de Francia, el quinto la literatura, gramática y estética, el sexto refleja los acontecimientos sociales y políticos del momento, el séptimo informa sobre los desastres amorosos de los dos papanatas, el noveno escenifica la religión y el décimo los problemas de la educación. Todos ellos, además dejan caer detalles de la biografía de los personajes principales y secundarios, que también viven. Queda claro que Bouvard y Pécuchet no se enfrentan sólo con los problemas de las ciencias, sino con los de la historia, la filosofía, la religión y la pedagogía, por ejemplo.

3. La novela puede leerse como la búsqueda de una nueva forma de escribir novela

En *Bouvard y Pécuchet*, el saber científico avanza enmascarado. La odisea de los dos aventureros del conocimiento no deja aflorar sino muy de vez en cuando parte de las lecturas preparatorias de Flaubert. El saber científico será tanto más eficaz cuanto más invisible. El recurso a la ciencia participa de la estética del retranqueo y del

ocultamiento: el autor, ilusionista perfecto, «deja» a su universo hablar por sí mismo. Flaubert ha decidido escribir una antinovela, en la que unos antihéroes, prototipos de la estulticia, se entregan a una búsqueda de la verdad que cada vez termina en catástrofe. Ha elegido trazar en la enciclopedia de las ciencias un recorrido que pone de manifiesto los fallos, contradicciones y fracasos del saber, y, en el mismo movimiento, un recorrido por la escritura novelesca que explota las formas de la literatura.

Flaubert no es un científico sino un novelista. Su objetivo principal no es dibujar un cuadro de las ciencias modernas ni de enjuiciar la ciencia de su tiempo: es explorar lo imaginario del saber. La novela que, hasta entonces, ha sido sólo la exposición de la personalidad del autor debe pasar a ser científica e impersonal y llegar a la precisión de resultados de una ciencia exacta. La novela muestra la parte de ficción y de sueño que contienen las representaciones, los tópicos, las inquietudes que derivan de las ciencias y constituyen nuevas creencias. Estas creencias son elaboraciones secundarias de la ciencia que no debemos confundir con las investigaciones serias que la novela no enjuicia en absoluto. La novela escenifica la mezcla inextricable del saber y del fantasma del saber en dos falsos científicos, que son Bouvard y Pécuchet.

Flaubert busca una organización novelesca diferente. Presiente la relación inevitable entre dos actividades que le gustaría tanto disociar: contar y demostrar. La novela tradicional cuenta solamente. Redactar una novela consiste en comprender y explicar, ya que el tiempo construye, transforma y fluye. La idea de hacer de la novela una forma de exposición a imitación de las ciencias naturales, expresada en su correspondencia alrededor del 1850, se realiza en su última novela. A los modelos narrativos que emanan de una concepción del tiempo lineal (sucesión y explicación) vienen a sustituirlos otros que emanan de un pensamiento reestructurado por un imaginario espacial: de la genealogía a la clasificación.

La lógica que mueve la novela no es transformacional. Relato paradójico, esta novela no opera transformaciones, Bouvard y Pécuchet no envejecen durante los veintitantos años de su aventura, operan desplazamientos de un sector al otro del saber. La abolición de lo novelesco, que es fuente del relato tradicional, está puesta de relieve en el interior de la novela mediante las historias abortadas de Bouvard con la viuda Bordin y de Pécuchet con Mélie. Cada una de estas historias podía haber sido materia para sendas novelas. Flaubert busca por el lado de la clasificación un nuevo orden para la novela, otra lógica que le permita exponer la abundancia de los conocimientos y operar agrupamientos por capítulos, escapando así a la tentación de la historia.

La novela pone el acento en lo errante, en el encenagamiento de una búsqueda que no progresa. Desde la ambigüedad de un itinerario modulado por la alucinación como ocurre en *La Tentación de San Antonio* hasta la compulsión de repetición como pasa en *Bouvard y Pécuchet*, Flaubert abandona una estructura temporal en beneficio de una forma marcada por arranques y derrumbes, de un relato que procede por deslizamientos. Nuestros dos papanatas proceden por adición, coleccionan. Colocan los conocimientos unos junto a otros sin organizarlos en una síntesis, sin enlazarlos en una sucesión de ideas. Flaubert intenta la puesta a punto de una representación capaz de desatar el vínculo entre tiempo y causalidad, una forma textual capaz de romper con la linealidad del relato. «El hombre que con Madame Bovary forjó la novela realista fue también el primero en romperla» escribió Borges. No es extraño que se siga hablando de la modernidad de la obra de Flaubert.

4. La literatura es la vida

Observamos que el paso de un campo del saber a otro va siempre precedido por el fracaso y el desánimo, el cansancio y el aburrimiento, que conducen al abandono. Experimentan la triste perplejidad de no comprender nada. Se sorprenden cuando sus experiencias fracasan. Exigen explicaciones. Se vuelven tristes y desencantados muy pronto. Las desventuras con el vino de Málaga, los cólicos causados por la cerveza fabricada por ellos mismos, el incendio de las hacinas, la impresión de espanto que causa su jardín entre sus visitantes, la explosión del alambique, todo esto los entristece y les arranca lágrimas de impotencia. Para colmo, el médico les dice que ya son demasiado viejos para dedicarse a las cosas del saber. El cataclismo final por poco no da con Bouvard en el manicomio. Para rematar esta lista de desgracias llega el golpe de estado de Bonaparte. Cuando se dedican a explorar un campo del saber o a observar el funcionamiento del sistema social se encuentran en medio de una tensión y ansiedad permanente. Van tanteando en la oscuridad al no dominar ninguna de las ramas exploradas del saber. No han tenido tiempo para madurar unas lecturas demasiado frescas y superficiales.

Como consecuencia experimentan una crisis del saber: abandonan sus estudios por temor a las decepciones. Su soledad era profunda, su ociosidad completa. ¿Abrir un libro? ¿Para qué? ¿Limpiar el jardín? Demasiado agotador. ¿Visitar la finca? Regresaban siempre asqueados. ¿Ocuparse de su casa? Germaine, la criada, no se lo permitía. Bouvard quiso hacer el catálogo del museo y declaró que todos aquellos objetos no eran sino cachivaches sin valor. Pécuchet quiso disparar a las alondras y el arma, al reventar, por poco lo mata. Aburrimiento mortal de la vida en el campo. Manías mutuas, hasta ahora toleradas, pasaron a ser insufribles.

Enredados en dificultades domésticas y económicas crecientes, portadores del peso de la estulticia humana y viviendo en condiciones deplorables, Bouvard y Pécuchet se encuentran desesperados. Durante un paseo descubren la carroña de un perro. A la vista de la podredumbre son atrapados por la idea de la muerte. Hablaron de ella. Entonces recapitulaban sus necesidades no satisfechas. Bouvard había deseado siempre tener caballos, carruajes, grandes caldos de Borgoña y bellas y complacientes mujeres en lujosos aposentos. La ambición de Pécuchet era el saber filosófico. ¿Para qué esperar más? ¿Cuándo llegará la muerte? ¿Por qué no ahora, ya? Entonces examinaron la cuestión del suicidio. Tomaron la decisión de ahorcarse la noche del 24 de diciembre.

Hay momentos privilegiados, sin tensiones, durante los cuales los dos papanatas disfrutaban, como los lectores con las descripciones de Flaubert. Ocurre durante las interrupciones en la búsqueda del saber, los momentos de la vida ordinaria, por fin vivida. Cuando más intensamente viven es cuando deslizándose por la pendiente de sus sueños se entregan a la inmediatez sensible. Estos raros instantes de armonía con el mundo los liberan del aguijón de la duda y de los tormentos de la reflexión. Daremos algunos ejemplos: a su llegada a Chavignolles, una primera comida de pueblo los llena de satisfacción; la primera visita al jardín es una fiesta nocturna; su primera noche, apacible y llena de ronquidos de satisfacción; la alegría causada por los primeros trabajos en el campo; el placer de una comida copiosa y rociada con una buena botella. El comienzo del episodio de la geología es una descripción del mar y de los acantilados, no contaminada por las preocupaciones científicas. La presentación del personaje de la jovencita Mélie alegra el corazón del lector y la visión de sus medias azules lo apacigua después del golpe de estado de Bonaparte.

Podríamos evocar otros muchos ejemplos que nos permiten afirmar que *Bouvard y Pécuchet* no es sólo una enciclopedia de las ciencias a modo de burla. Estos momentos

son el descanso, la distensión, después de los combates de los dos papanatas por la conquista del saber. La belleza se le revela a Pécuchet cuando acalla su deseo desenfrenado de saber. Cuando la naturaleza no es objeto de estudio es cuando aparece la poesía de las cosas.

Flaubert se cosió la máscara de la literatura pura en plena cara, sin anestesia, según afirmación propia. Pero no se quitó nunca el bigote, su grueso bigote de payaso. El torbellino de la burla universal se lleva lo sagrado de la ciencia y de la literatura. Nos quedamos sin saber, finalmente, si debemos echarnos a reír con el Garçon, soltarnos a llorar o simplemente ponernos a meditar.

Notas:

(1) Papanatas: según el diccionario de la RAE. «persona simple y crédula o demasiado cándida y fácil de engañar». Se usará como traducción del francés «bonshommes» en este trabajo.

(2) Víctor Regnault, sabio francés (1810-1878) que dirigió sus trabajos hacia varios territorios, especialmente el de la física. En el período de 1835 a 1840, en el tiempo que corresponde al relato de *Bouvard y Pécuchet*, Víctor Regnault publicó 18 trabajos sobre química. En el primero, relativo al licor de los holandeses, el autor señalaba una reacción no esperada que le iba a permitir realizar la sustitución de cada uno de los equivalentes del hidrógeno del bicarburo por un equivalente de cloro. Entonces fue cuando publicó su informe sobre los éteres clorhídricos, trabajo fundamental por el respaldo que aportaba a la teoría de las sustituciones.

(3) Ley de las proporciones múltiples: En 1803, Dalton estudió la forma en que los diversos elementos se combinan entre sí para formar compuestos químicos, enunciando la ley de las proporciones múltiples, deducida de modo inmediato de la teoría atómica: «*Cuando dos o más elementos reaccionan pudiendo dar dos (o más) compuestos diferentes, las masas de uno de los elementos, que reaccionan con una misma masa del otro, guardan una relación que viene dada por un número sencillo*»

(4) Doctor Auzoux, médico (1797-1878). Desde 1822, queriendo favorecer el conocimiento de la anatomía humana en la enseñanza de la medicina, creó piezas de pasta de papel y después de cartón piedra que representaban todas las partes del cuerpo.

(5) Se trata de Francisco Amorós, marqués de Sotelo (1770-1848). Es un noble español nacido en Valencia. Era responsable de la preparación física de los bomberos. Recibió de Carlos IV el encargo de la educación de su hijo y la dirección del Instituto Pestalozziano de Madrid. Durante la invasión del ejército de Napoleón Amorós se sintió absolutamente subyugado por la organización del ejército francés y siguió al Emperador hasta Francia después de su derrota en España.

(6) Franz Joseph Gall (1758-1828), neurólogo vienés, padre de la frenología.

(7) Principio inmaterial de la vida orgánica, diferente del alma inteligente. La palabra «arché» significa principio, fundamento. Es un término usado por los primeros fisiólogos griegos para nombrar el principio de la vida.

(8) Se trata de la doctrina de la escuela de Montpellier desarrollada en el siglo XVIII por Bordeu y Barthez, según la cual existe en todo individuo un principio vital que rige los fenómenos de la vida y que es distinto del alma y de la materia. Para esta doctrina los fenómenos de la vida son irreductibles a los fenómenos físico-químicos y manifiestan una fuerza vital irreductible a las fuerzas de la materia inerte.

(9) Se trata de la teoría filosófica del escocés John Brown (1735-1788) que concibe la vida como el resultado de fuerzas nerviosas que responden más o menos a estímulos.

- (10) Es la doctrina según la cual toda enfermedad tiene su origen en la lesión de uno o varios órganos. Ocupa una plaza preponderante la anatomía patológica.
- (11) Escritor francés (1737-1814), discípulo de Jean Jacques Rousseau y precursor del romanticismo, célebre por su novela *Paul et Virginie* y mucho menos conocido como sabio, Bernardin de Saint-Pierre fue también botánico, sucesor de Buffon en el Jardin des Plantes. Las *Armonías* se publicaron en 1815, un año después de su muerte. Se trata, realmente, de una continuación, debilitada, de sus *Estudios*, o más exactamente un compendio de recortes y añadidos que Bernardin de Saint-Pierre había guardado.
- (12) Jean Baptiste Julien d'Omalius d'Halloy, 1783-1875, geólogo belga.
- (13) Alcide Dessalines d'Orbigny, 1802- 1857, paleontólogo de ideas radicales contra la teoría de la evolución.
- (14) Marcel Alexandre Bertrand, 1847-1907, geólogo.
- (15) Sir Charles Lyell, 1797-1875, geólogo británico.
- (16) Los bloques erráticos son rocas acarreadas y luego abandonadas por un glaciar.
- (17) Neptunismo y plutonismo. La primera parte del siglo XIX permanece bajo la influencia de las dos escuelas fundadas en el XVIII, la de Freyberg, con el neptunismo de Abraham Gottlob Werner (1750-1817), geólogo y mineralogista alemán, y la escuela de Edimburgo, con el plutonismo de James Hutton (1726-1797), químico y geólogo escocés.
- (18) Grupo de la antigua clasificación zoológica que comprendía los animales que tienen aspecto de plantas.
- (19) Alexandre Brongniart (1770-1847), fue un verdadero naturalista, a la vez geólogo, mineralogista, paleontólogo, zoólogo, botánico, en una época en la que esto era aún posible. Fue colaborador d'Haüy, Cuvier y Lamarck.
- (20) Cuarto período de la era terciaria, que abarca desde hace 24 millones de años hasta hace 5 millones de años.
- (21) Segundo período de la era terciaria, que abarca desde hace 58 millones de años hasta hace 37 millones de años.

Bibliografía:

- GUSTAVE FLAUBERT, *Oeuvres I et II*. Bibliothèque de la Pléiade, *nrf* Gallimard, Paris, 1951.
- GUSTAVE FLAUBERT, *Obras*. Biblioteca Áurea, traducción, introducción y notas de Germán Palacios, Ed. Cátedra, Madrid, 2005.